

tambien, querida mia, empezais á ser grandecita, y ya es tiempo de ir pensando en colocaros.

— ¡Oh! yo... dijo Ursula suspirando.

— ¡Qué lástima que Luis ame á otra! replicó madama Rozel, dando un suspiro hipócrita. ¡Es tan bueno y tan dulce!

Y sintió estremecerse el brazo de Ursula al que estaba agarrado el suyo.

— ¿Qué teneis, querida mia?

— ¿Yo, señora?... Nada, os lo aseguro.

— Me habia parecido que temblábais; las mañanas están todavía muy frescas.

Hubo un momento de silencio.

Ursula iba andando con los ojos bajos, y madama Rozel la miraba al soslayo y se mordía los labios para no reirse.

Aquella mañana habia una conspiracion en el Campo de los Rosales.

Ursula parecia que tenia ganas de hablar, de preguntar... pero no se atrevia.

Y la picaresca madama Rozel se divertía con este manejo.

Preciso fué que Ursula cediese, porque la otra no habria despegado sus labios ciertamente, ni por un imperio. Tal era su consigna.

— Entonces, ¿M. Jacquemin?...

— ¡Ay! sí, contestó la Rozel suspirando con una compuncion fingida; aun cuando yo os digo que él ama, yo no lo sé... quizás esté ya consolado... y deseo por su bien que sea así. Pero de lo que yo estoy cierta es de que ha amado, que ha amado demasiado á una mujer que no le ha correspondido, que ha sufrido mucho por eso, mucho, mucho... Y cuando se tienen esos antecedentes, no son muy buena garantía para una jóven que lo considerase como su prometido.

Ursula se sentía con el corazon oprimido.

— Al contrario, exclamó con viveza.

Luego se detuvo y se puso encendida.

La buena Rozel tomó á Ursula en sus brazos con entusiasmo, y besándola en la frente, le dijo:

— Sois un ángel: no me ocultéis nada. ¿No soy yo vuestra amiga?

— Ciertamente que sí, señora.

— Entonces, ¿consentirías tú, querida mia, en curar ese corazon ulcerado que ha padecido tanto?... Escucha: yo me bromeaba ahora mismo y hablaba con malicia. Pues bien, mira; Jacquemin te ama, sí, y te ama sinceramente. ¿Te hablaría yo y te lo aseguraría si no estuviera cierta de ello? Sí, ha padecido, y sufrido por una persona bien extrañada, es verdad; pero que te será muy querida cuando tú la conozcas. Casi es un deber para tí el cicatrizar las heridas que ella ha hecho.

Yo no te habria dicho nada de esto desde luego, porque no queria violentar en lo mas minimo ni tu voluntad ni tu conciencia; pero ahora puedo confesártelo, porque veo que tú amas tambien un poco á nuestro pobre Luis: porque tú le amas, ¿no es verdad?

Con una voz confusa, casi imperceptible como el soplo de la brisa en las hojas de los árboles, Ursula, cada vez mas cortada y ruborizada, respondió:

— Creo que sí, señora.

Pero en seguida, avergonzada de su propia vergüenza, porque las confidencias de esta naturaleza son las que un corazon honrado debe afirmar á cara descubierta, la animosa jóven enderezando la cabeza y mirando fijamente á madama Rozel con sus grandes ojos negros, puros y francos como su alma, le dijo resueltamente:

— Sí, le amo.

Esta mañana yo misma lo ignoraba todavía, y sois vos la que me lo habeis hecho conocer. Dios me perdone; pero casi he tenido celos de la otra ahora mismo, cuando me habeis hablado de ella.

Pero es muy mal hecho el tener celos, y ahora ya no los tengo.

Por mí misma yo vacilaria todavía; pero si vos y M. Clemente me decís: Es menester amarlo; de seguro yo seguiré vuestros consejos.

Y bajando la voz, añadió:

— Y los seguiré con alegría.

¡Oh! ¡qué tiempo tan hermoso hacia, qué claridad tan pura llenaba aquel lindo jardincito que, con tanta propiedad, habia nombrado Clemente el Campo de los Rosales!... ¡Cercado bendito!

Los rayos del sol, pasando por entre el follaje del emparado de la glorieta, trazaba en el suelo círculos luminosos en los que se reflejaba un polvo adiamantado.

Las gruesas mariposas de color oscuro con sus alas extendidas y zumbando como si fueran abejorros, se posaban con vuelo desigual sobre los arbustos y las flores, y entre las ramas de los árboles se oía el gorjeo y los alegres chirridos de los pájaros...

Se sentía, así en los seres animados como en las plantas, una especie de gozo íntimo y grave: la misma traviesa Rozel no se reía ya; la risa, en medio de aquella serenidad, habria parecido una disonancia.

Por debajo de la glorieta y en el área de la calzada se oyó rodar un carruaje.

La Rozel se levantó.

Ahora estaba seria y grave; ni la sombra de una sonrisa jugueteaba en sus labios.

— Hija mia, le dijo á Ursula con un acento que le penetró el corazon; en esta mañana se va á decidir la suerte de dos seres que deben seros bien caros y que os tocan muy de cerca, si llegan á realizarse las previsiones de las personas que os aman.

La suerte de vuestra hermana y la de vuestro marido.

Hoy vais á ver, por primera vez, á una gran culpable que sola vos no teneis derecho de juzgar, aun cuando esta prueba se terminase de una manera distinta de la que nosotros esperamos.

Ursula, en este dia os está reservada una alegría inmensa, pero Dios solo es infalible: puede tambien cambiarse en un horrible sufrimiento la prueba que os espera.

Pero sois animosa, ya lo sé, y por eso una persona que es mas fuerte y mejor que yo os ha juzgado digna de someteros á esta prueba, no merecida, es verdad, pero que puede salvar á dos pobres seres que se verian perdidos sin vuestro socorro.

Teneis derecho de rehusar esta prueba, porque nosotros no nos sentimos con el de imponérsela á pesar vuestro, ni contra vuestra voluntad.

Ursula estaba pálida. Aquel lenguaje misterioso le oprimia fuertemente el corazon y la llenaba de angustia.

Pero era animosa, como habia dicho madama Rozel, y así la respondió:

— Se trata de él; y vos, que nunca me habeis hecho sino mucho bien, sois la que me aconsejais. Detrás de vuestra influencia siento la de madama Lamouroux — pues bien; ¡que se cumpla la voluntad de Dios!...

— Pues entonces, exclamó madama Rozel besándola en la frente, esperadme aquí.

Y con paso tan ligero como el vuelo de un pájaro, bajó los escalones de la glorieta.

La voz de Clemente, que cantaba, se oía ya en el camino.

Ursula, cubriéndose el rostro con sus manos, murmuraba:

— ¡Dios mio! ¡cómo le amo!

X

LA HERMANA MAYOR.

Dejóse oír el ruido de un paso en las escaleras del terrado; Ursula levantó la cabeza y se encontró cara á cara con Luis Jacquemin.

Con Luis, que estaba tan pálido y tan turbado como ella misma.

Se adelantó hácia ella, pero, lleno de timidez, se detuvo.

En seguida, con una voz trémula por la emocion, le dijo:

— Ursula, os amo: ¿quereis hacer la prueba para ver si vos podreis amarme?

Ahora fué ella la que se adelantó hácia él, y tomándole la mano que tenia extendida, le dijo con sencillez, con resolucion y con franqueza:

— Creo que sois un hombre honrado, Luis, y yo tambien os amo.

¡Oh! qué delicioso era el estar en el Campo de los Rosales aquella mañana.

Hubo como un delirio.

Embriagado, enloquecido por la dicha y el agradecimiento, Jacquemin se sentía con alas victoriosas que lo sacaban del

cenagal en que se habia encontrado, para trasportarlo de un solo vuelo á la cumbre de los gozes ideales.

Y deslumbrado por aquella luz que reinaba en aquel azul despejado, veia flotar ante sus ojos multitud de chispas y estrellas brillantes, como les sucede á los que han estado mirando al sol largo rato.

Toda su fuerza, todo su valor desaparecieron de repente.

Despues del esfuerzo que acababa de hacer, se sintió desfallecer y se dejó caer como anonadado y como una masa inerte sobre el banco de madera carcomida.

Ursula estaba muy serena y resuelta.

Luis le habia dicho «yo os amo», y ella habia respondido diciendo tambien «yo os amo», y desde ese momento se consideraba ya como la amiga, la hermana, la mujer de Luis.

Así son esas jóvenes altivas cuya pureza no ha sido nunca empañada por ninguna mancha, y que, educadas en la ruda escuela de la miseria honrada, han sabido soportarla con valor.

Vino á sentarse al lado de Jacquemin, como para decirle:

— Ya sé que tú has sufrido; pero tu dolor no es solo tuyo: yo quiero tener mi parte en él.

En esos momentos sagrados en que las almas parece como que se despojan de la pesada cubierta terrestre en que se hallan envueltas, diríase que se establece entre ellas una comunicacion mas íntima, como si un ser invisible murmurase en voz baja á sus oidos los mas secretos pensamientos.

Si así no fuese, cómo explicar el que Luis, cogiendo la mano de Ursula y como respondiendo á aquella cuestion muda, le dijese:

— ¡Oh! sí, he sufrido mucho.

— Ya lo sé, le replicó ella.

— Lo sabeis ¿y me habeis amado?

— Os amo desde que lo he sabido.

Estas últimas palabras tan sencillas y tan grandes hicieron brotar el llanto. Hacia ya mucho tiempo que Luis no habia llorado; creia agotada en él la fuente sagrada de las lágrimas.

Lloró con delicia.

Derramó sus lágrimas sobre el hombro de Ursula, que le permitió apoyar sobre él su frente castamente.

— ¡Perdonadme, perdonadme! decia; no ha sido culpa mia. No es el sentimiento lo que me hace llorar, sino el remordimiento. He sido débil y cobarde... perdonadme.

Y ella le respondió:

— Yo no os perdono, Luis, no tengo por qué perdonaros, al paso que por esas lágrimas os amo aun mas.

¡Oh! qué delicioso era el estar en el Campo de los Rosales aquella mañana.

En la parte baja del jardin, agarrados del brazo, se paseaban á lo largo de sus calles Clemente y la Rozel.

Estos no lloraban, no por cierto, bien al contrario; en la garganta del alegre joyero se sentian retozar las cancioncitas y estribillos capaces de dar envidia á un ruiseñor.

— Con que así es cosa decidida, decía la linda costurera, somos el novio y la novia, ¿eh?

— Todo lo mas novio y novia que se puede ser en este mundo.

— En ese caso debo hacer una confesion, dijo la Rozel bajando los ojos.

— Veamos esa confesion, respondió Clemente no sin alguna inquietud.

— Que he amado á alguno, replicó la Rozel dando un gran suspiro fingido.

— ¡De veras!

Clemente quería reirse, pero sentía como un escarabajo que le arañaba la garganta y que le habria impedido hacer trinos y gorgoros.

— Sí, repitió de nuevo la Rozel, pero ya no lo amo... de la misma manera.

Y dió un nuevo suspiro socarrón.

Cuando se juega con el fuego, siempre se quemán los dedos.

Clemente adivinaba que solo se trataba de una broma, y sin embargo tenia sus recelos.

— Y ¿cómo se llama ese alguno? preguntó Clemente.

— José, respondió la Rozel fijando su vista en la puntita de sus lindos piés.

Clemente se echó á reir á carcajada suelta.

— Bueno, bueno, dijo, ya entiendo. Sois el diablillo de color de rosa, picaresco y maligno que os habeis estado burlando de mí durante diez minutos. Quereis jugar aquí abajo la contrapartida que se está jugando allá arriba. Pero os prevengo que no la ganareis. — Amad á José tanto como queráis, pero no ameís mas que á él, y os aseguro que yo no tendré celos.

La Rozel tambien se echó á reir. Pero en fin, se sentía con la conciencia mas descargada despues que habia hecho aquella confesion.

Su gran confesion, su gran secreto, del que sentía deber dar cuenta á Clemente antes de llegar á ser su mujer y de aceptarlo por marido.

Bajo estas apariencias ligeras, la Rozel daba pruebas de tener un fondo de delicadeza exquisita: queria entregarse á su marido tan casta y pura de alma como de cuerpo.

En otro tiempo habia amado á José, — amor de niña por un niño, — antes que las circunstancias hubiesen creado entre ellos un inmenso intervalo.

A estas horas ella ponía su mano leal entre las manos no menos leales de Clemente, sin ninguna segunda intencion, sin ningun penoso recuerdo, pero sentía la obligacion de decirle:

— He amado á José.

Clemente tomaba esta confesion como una broma — ¡tanto mejor! — Esto era una astucia femenina. Tal vez la Rozel hubiese debido insistir algo mas sobre el asunto para que su confesion hubiese sido mas completa.

Pero ¿qué quereis? la mujer sera siempre mujer.

Y al fin y al cabo yo deseo á todos los maridos que no sean engañados, mas engañados nunca que el buen Clemente.

¡Oh! ¡qué delicioso, qué dulce era el estar aquella mañana en el jardín del Campo de los Rosales!

En su parte superior, debajo del emparrado, continuaba la escena: ahora se estaba en el capítulo de las confidencias.

Luis Jacquemin no ocultaba nada, no queria ocultar nada.

Contaba la historia del relojero y de su hija Celina, la llegada del tentador, la caída de aquella pobre jóven tan tiernamente amada.

De modo que, de la boca misma de su desposado, Ursula escuchaba la historia de su propia familia.

Despues refirió sus primeras tristezas, sus primeros desfallecimientos: nada disimuló, ni en nada trató de atenuar ninguna de sus faltas.

De vez en cuando se interrumpia y con visible desaliento decía:

— ¡Ah! cuando llegueis á saberlo todo, ya no me amareis; pero yo soy un hombre honrado, y es menester que lo sepáis.

Ella respondió entonces:

— Habeis sufrido demasiado para que no seais bueno, y yo os amo.

Y así relatando, llegó hasta la hora de su completa infamia, aquella hora que debia preceder y ser seguida sin intervalo de la aurora de su regeneracion.

Contó el rapto y aquel viaje que duró hasta el alba, y del cual ella no conservaba sino una idea muy confusa y muy ligero recuerdo, y se estremeció por la primera vez al pensar el peligro que habia corrido y en cuán poco estuvo de haber caído en una pérdida irremediable.

Pero miró á Luis y vió en sus ojos un arrepentimiento tan sincero y tan profundo, que volvió á repetirle:

— Os amo.

Y aun hizo aparecer una sonrisa en sus labios.

Las almas de las jovencitas, aun las mas cándidas, tienen pensamientos profundos y singulares.

Y ella en su interior se decía:

— Sin este rapto, nunca me habria conocido ni amado.

¡Oh! ¡qué delicioso, qué agradable era el estar en aquel jardín del Campo de los Rosales, á la sombra de aquel bienaventurado emparrado!

Hacia ya algunos momentos que una mujer, medio oculta detrás de un plantío de lilas, vestida de negro y cubierta con un velo, se hallaba contemplando el enternecedor espectáculo que ofrecían estos dos enamorados castamente agarrados de las manos.

Gruesos gemidos comprimidos que ella hubiera querido dejar salir de su pecho la sofocaban, pero no se atrevia á exhalarlos por temor de turbar aquel duo encantador é interrumpir su armonía.

Y en voz baja, y como si se dirigiese á un ser invisible, y con el mismo tono con que uno se dirige á Dios, decía:

— Habeis cumplido todas vuestras promesas, Elena; gracias, gracias, santa querida.

Luis levantó la cabeza y apercibió aquella forma sombría.

Enderezándose entonces en toda su estatura y poniéndose pálido como la muerte, exclamó:

— ¡Ella! ¡ella todavía! ¡siempre ella!

Nini Moustache se adelantó hácia el terrado: despues de haber dado algunos pasos, se detuvo temblando y con los ojos bajos.

Ciertamente que el esfuerzo que ella hacia en aquel momento era la prueba mas terrible que hubiera podido exigir de ella la condesa de Monte-Cristo.

Pero se trataba de la dicha de Ursula y de la de Luis Jacquemin en el caso de que saliese victoriosa en esta prueba suprema, y por eso no habia titubeado en someterse á ella.

Permaneció silenciosa, esperando con la mayor ansiedad las primeras palabras que iba á pronunciar el jóven, y rogando á Dios con todo el fervor de su alma que estas palabras fuesen amargas para ella y dulces para Ursula.

Pues si, despues de todo, iba á revivir la antigua pasion por ella; si no se hallaba enteramente extinguida... Si Luis iba á reclamar de nuevo un amor imposible... ¡Oh! entonces eso seria la sentencia de una separacion eterna con Ursula lo que él pronunciaria.

Y Celina sabia, porque la Rozel acababa de decirselo y Clemente se lo habia asegurado tambien, que Ursula amaba á Jacquemin.

Luis, segun hemos dicho, se habia enderezado lívido, con las ventanas de su nariz contraídas, casi con los pelos erizados, ante la aparicion inesperada de su primero, de su vergonzoso amor.

Al principio trató de hacer un ademán violento, pero se contuvo, y esta primera intencion se cambió en seguida en un amargo desden que se dibujó en sus labios, y exclamó:

— ¡Todavía vos!... ¿qué venis á buscar aquí?

Nini Moustache guardó un profundo silencio.

— ¿Es al indigno, al cobarde que os ha amado? continuó Jacquemin. Pues en ese caso debo declararos que ese no existe ya. El desprecio que se inspiraba á sí mismo lo ha muerto.

Aquí no encontrareis en su lugar sino un corazón arrepentido y resuelto á todas las expiaciones para rescatar y purgar lo pasado.

Ursula mientras tanto, con sencillez y con la misma serenidad y calma que habia manifestado en aquel día, el mas grave y solemne de su vida, se habia acercado á Luis y con una tierna familiaridad se habia apoyado en su hombro.

No obraba así para arrostrar una lucha con su rival, no; ni tampoco para retener á Luis en el caso que manifestase deseos de seguir á aquella.

Su pudor y su amor propio natural le prohibían entrar en una lucha de este género; sino que ella tambien, al ver entrar á Nini Moustache en el terrado, se habia estremecido, y las vagas confidencias que le habia hecho la Rozel le hacían presentir instintivamente aquel peligro misterioso, y se habia dicho: Hé aquí el peligro.

Con la misma ansiedad que la pecadora arrepentida, ella

tambien habia esperado las primeras palabras de Jacquemin, palabras que debían contener una triple sentencia.

Si estas palabras hubiesen sido violentas, quizás habria tenido miedo y hubiese tal vez pensado que aquella cólera era todavía amor.

Pero la calma glacial de su desposado (ella lo consideraba como tal en el fondo de su corazón) la habia tranquilizado completamente, y si en aquel momento se apoyaba sobre él en aquella casta postura, era como para darle la recompensa merecida y no escatimarle ni rebajarle el precio de su esfuerzo y valor.

— En adelante, parecia quererle decir con la presión de su brazo doblado sobre el hombro de Luis, en adelante, amigo mio, no tendremos mas que un solo corazón, y así como hace un momento te pedía una parte de tus tristezas, ahora te pido una parte en tus combates.

Con los ojos velados por las lágrimas, pero por lágrimas dulces, Celina contemplaba aquella encantadora pareja: á Jacquemin, que llevaba todavía en su frente melancólica estampadas las señales de sus dolores pasados; á Ursula, cuya radiante frente se iluminaba con el cálido reflejo de la dicha futura.

¡Queridos amigos! ¡queridos hijos! bien habria querido reunirlos en un mismo y estrecho abrazo, confundir con la de ellos la inefable alegría que inundaba su alma, pero no se atrevia.

Sin embargo, no pudo contenerse y alargó hácia ellos sus brazos extendidos.

Le parecia á ella que hubiesen podido adivinar sus sentimientos.

Luis, dando una falsa interpretacion á aquel movimiento apasionado, frunció violentamente el entrecejo y exclamó de nuevo:

— ¿Qué venis á buscar aquí? ¿Quereis con vuestro impuro contacto manchar esta pureza?...

Ursula le interrumpió.

— Ni una palabra mas, Luis; y mas despacito le dijo: ¿Para qué insultarla? Tambien ella debe sufrir mucho si os ha amado.

Estas palabras, que habian sido como un soplo, como un murmullo, y semejantes al ligero ruido que hacen las hojas secas al caer en tierra, Celina las habia oído y habia respondido:

— Gracias.

Despues, toda desfallecida, se dirigió hácia la escalera del terrado.

Acababa de resolverse á consumir el sacrificio por completo.

La condesa de Monte-Cristo no habia juzgado útil, sin duda, el hacer conocer á Ursula los estrechos lazos que la unían con Celina; y esta obedecía y se conformaba en un todo con la voluntad de aquella.

Así saldría de aquella casa del mismo modo que habia entrado en ella: despreciada del marido y desconocida de la esposa. Jamás se pronunciaría en ella su nombre, y los niños que naciesen no llegarían á saber que tenían allá lejos,

en un rincón ignorado, una segunda madre que rogaba por ellos al Cielo.

Pues bien, se resignaría á sufrir esta eterna soledad del corazón.

Pero por otra parte, ¿no la había merecido? Esta era la aplicación de la ley inexorable pero justa del talion: « Ojo por ojo, diente por diente. »

¿Con quién había sido ella culpable? Con su padre y su hermano Luis, — pues ya lo llamaba así, — y por lo mismo debía ser castigada por su hermano y por su hija.

Tambaleándose á cada paso que daba, agarrándose á la barandilla de la escalinata para no caer, y con la otra mano extendida en el vacío, como para tentar, pues estaba ciega, y no apercibía los objetos sino á través de un espeso velo de lágrimas, Celina se alejaba lentamente, y Ursula, siguiéndola con la vista, no podía menos de compadecerla, al considerar su sufrimiento.

Miró á Luis para observar en su fisonomía la impresión que su alma experimentaba. El rostro de Luis estaba serio y tranquilo, como el de un hombre que acaba de cumplir un deber penoso, sin debilidad y sin sentimiento.

— Sufre mucho, le dijo Ursula.

Y Luis le respondió, encogiéndose de hombros.

— ¡Comedia!...

Esta palabra era la última herida que recibía Nini Moustache en medio del corazón; pero la desgraciada ni pestañeó, ni hizo el menor movimiento, y ni aun volvió hacia atrás la cabeza, y empezó á bajar los escalones del terrado.

En este mismo instante los empezaba á subir un alegre grupo: la Rozel y Clemente.

— ¿Y bien? le preguntaron los dos al mismo tiempo á Celina.

— ¡Bien! respondió esta con una voz sorda que parecía salir del fondo de un ataúd. Todo está concluido.

— ¡Ah, ah! exclamó alegremente Clemente, ya sabía yo que Luis se portaría bien.

— Entonces, dijo la Rozel, á nosotros nos toca ahora cumplir con nuestro deber.

Y de buen grado ó por fuerza, se apoderaron cada uno de un brazo de Celina, y obligándola á retroceder, la llevaron al terrado.

— ¿Qué queréis, qué exigis todavía de mí? balbuceaba ella toda turbada.

— Lo que queremos, respondió el bizarro platero, es que se haga justicia á todos, y que aquellos que os han maldecido durante largo tiempo, aprendan á amaros de nuevo — de otra manera, se entiende, añadió sonriéndose.

— Lo que queremos, continuó la Rozel con su voz dulce, es que la dicha de nuestra Ursula sea completa, y que conozca en fin, y pueda dar las gracias ella misma á esa prima misteriosa que tantas veces ha bendecido ella en el fondo de su corazón.

— ¡Cómo! Madama Morel... exclamó Ursula.

— Aquí la tienes, respondió la Rozel arrojando á Celina entre sus brazos.

Mientras tanto, Clemente había llamado á parte á Luis y le hablaba seriamente.

— No debemos ser, le decía, mas severos que Dios. Las pruebas que te habíamos impuesto, las has sufrido valerosamente, y ya ves que no te hemos andado regateando ni escatimando la recompensa. Pues bien, sabe y ten entendido que Celina ha sufrido mas que tú, porque era mas culpable. Sabe también que hoy la creemos digna de toda la estimación, de toda la amistad de un hombre honrado.

La recompensa tuya, la que yo te había prometido en nombre de aquellos que me hacen obrar, eran el amor y la felicidad.

La que á ella se le había prometido, era primero tu rehabilitación, por la que ha trabajado así como nosotros, en seguida tu perdón, y por último el afecto de su hermana, de la que se había privado voluntariamente durante tan largo tiempo.

— ¡Qué! Ursula...

— Es la hermana de Celina. Sí, Luis, ¿dejarás tú nuestra obra á medio acabar, tú por quien nosotros hemos hecho tanto, no harás nada por nosotros?

Jacquemin, pensativo, escuchaba esta revelación á la que estaba tan lejos de esperarse; después, sin responder, se fué hacia Ursula y Celina, que con los ojos bajos no se atrevía á levantarlos para mirar á su hermana.

Esta, sobrecogida é intimidada de encontrar su antigua protectora en aquella mujer misma que cinco minutos antes consideraba como una rival, balbuceaba:

— ¡Oh! señora... prima mía... ¿cómo podré manifestaros todo mi agradecimiento?

Luis, tomando la mano de Celina en una de sus manos y la de Ursula en la otra, exclamó con voz dulce:

— Ursula, mi querida esposa, abrazad á Celina vuestra hermana.

¡Oh! ¡qué delicioso era el estar aquel día en el lindo jardincito del Campo de los Rosales!

XI

CARTAS DEL REFUGIO.

Desde la adopción de Lillas por el conde de Puysaie, los acontecimientos, aun mas independientes los unos de los otros, parece como que se reúnen y se suceden de manera á apaciguar todas sus penas y calmar todas sus inquietudes.

Húbiérase dicho que una mano invisible y providencial los dirigía, mano misteriosa que hace decir, según el proverbio popular, que « Una dicha no viene nunca sola. »

Desde luego se había encontrado con que el farrago de sus deudas sobre el que apenas había fijado su atención una

sola vez durante el buen tiempo de su indiferencia, se había desmenuzado casi solo.

La mayor parte de estas deudas, es verdad, habían sido contraídas á causa de Nini Moustache, es decir, que M. Gigant, como jefe de esa formidable asociación de que hemos hablado, era el que estaba encargado del reembolso.

Mientras que no se había tratado mas que de arrinconar al conde, había desempeñado esta misión con el mayor encarnizamiento.

Pero hoy que el hombre de negocios veía acercarse el momento en que aquella fortuna reunida á la de Matifay caería en las manos de Aurelia, es decir, en las suyas propias, tenía un interés particular en no malgastarla, haciendo derretirse una parte de ella en los crisoles, mejor dicho, entre las uñas de las gentes de la curia.

Cuanto menores fueran los gastos, tanto mayores serían los beneficios: así es que por este lado, Loredano había encontrado un poco de sosiego.

Las otras deudas eran también considerables; pero con la venta del palacio había mas que lo suficiente para hacer frente á ellas, con la condición necesaria, sin embargo, de que la condesa de Puysaie alzase la hipoteca que tenía sobre él, en garantía de una parte de su dote, y de que, además, el conde hallase un comprador amistoso, y no se viese obligado á recurrir á la venta por justicia.

Este comprador benévolo se presentó espontáneamente bajo la forma de maese Durantin, notario, el mismo que unos meses antes había adquirido, por cuenta de madama Lamouroux, la casita de Nini Moustache.

Sin duda esta madama Lamouroux debía ser una persona muy acaudalada y codiciosa de tener muchas fineas.

Quedaba solo la dificultad del alzamiento de la hipoteca de madama de Puysaie, dificultad que no era pequeña, puesto que el conde, á pesar de todas sus pesquisas, ignoraba absolutamente el paradero de su mujer, ni lo que había sido de ella.

Sucedió pues que una mañana al ir, según acostumbraba, al cuarto de su querida Lillas para abrazarla, al pasar por su cuarto de vestirse vió, sobre la mesa del tocador, un pliego cerrado y sellado.

El cómo se encontraba sobre el mármol de la mesa aquel pliego, ni por donde había venido, fué cosa que no pudo explicárselo.

En su cuarto no había entrado nadie mas que sus dos hijas y su ayuda de cámara.

Habiendo interrogado á Cipriana y á Lillas sobre el particular, ni una ni otra comprendían lo que les preguntaba, y Florencio respondió á su vez, que no sabía absolutamente nada de lo que quería hablar el conde.

Florencio había sido criado en el palacio, y su fidelidad era á toda prueba, de modo que el conde tuvo que conformarse con lo que decía, y creer en sus palabras.

Por otra parte, cuando las noticias son buenas, se aceptan sin gran dificultad, vengan de donde quieran, y aquel pliego, llegado á sus manos de una manera tan extraña, contenía la mejor noticia que pudiese esperar y desear M. de Puysaie.

Contenia, en primer lugar, dos documentos extendidos en forma: uno, el consentimiento de la condesa para el casamiento de Cipriana con el baron Matifay; otro, el alzamiento de la hipoteca de la condesa sobre el palacio.

Después una carta firmada « Hortensia » que decía:

« Loredano, me habeis hecho mucho mal, pero os lo perdono, como deseo que me perdoneis el que yo os he hecho. El mas culpable en todo esto no es ni vos, ni yo, y si me he separado de vos, es porque, á fuerza de dolor, he temido llegar á ser débil algun dia, y quiero, tanto por vos, como por mí, como por todos, que no llegueis á conocer nunca jamás el nombre de ese culpable verdadero.

» Os perdono porque habeis sufrido mucho, y espero que vos me perdonareis también porque os juro que yo no he sufrido menos.

» Sé que necesitais los dos documentos que os envío adjuntos en este pliego. Al abandonar el techo conyugal, he hecho la abdicación de todos mis derechos sobre Cipriana. Decidid de su suerte; pero sabedlo bien, y creedlo lo mismo, porque las voces que salen de la tumba no mienten:

» Cipriana es vuestra hija.

» Todas las tentativas que hagais para volver á verme serán inútiles: ya lo habeis visto, y yo sé todos los vanos esfuerzos que habeis hecho para hallarme. Cesad en ellos, por amor de mí, y tratad de olvidarme. La idea de que me echeis de menos y de que yo sea para vos un motivo de pena, me atormentaría.

» En cuanto á mí, desde el fondo de mi tumba, en donde soy feliz como puede serlo una mujer que se halla separada, por un obstáculo invencible, de todo lo que ella ama, no os pierdo de vista, y mi corazón, mi triste corazón tomará parte en todas vuestras tribulaciones, en todos vuestros deseos, en todas vuestras alegrías.

» Adios; conservad por mí aquel tierno recuerdo que se tiene de las personas que se han querido, y que hace mucho tiempo han muerto.

» HORTENSIA. »

Nadie, así como hemos dicho, había podido revelar á Loredano ni el modo como había sido traída esta carta á la casa, ni menos aun el cómo había sido introducida en la pieza mas íntima de su cuarto. — Cipriana era la única que hubiese podido darle alguna luz acerca de eso, pero una luz bien pálida y bien vaga.

Hubiera podido decirle solamente que ella también, al levantarse, había encontrado un billete en el sitio acostumbrado en que encontraba los de los amigos desconocidos... en el cofrecito de sus joyas.

Pero en este caso, hubiera sido necesario dejarle ver aquel billete, lo cual era imposible.

La carta recibida por Cipriana estaba firmada también por Hortensia, pero tenía algo mas que la del conde, puesto que estaba fechada de un sitio misterioso: *el Refugio*.

Como la del conde, no contenía mas que algunos renglones; pero ¡qué de efusiones maternas, qué de congojas,